

AL AMOR ESCONDIDO DE LA LUMBRE

Al amor escondido de la lumbre
se miraron los dos en la penumbra:
él venía empapado de las tierras
-hasta en el corazón tenía sombras,
aunque él sabía que era un llanto viejo-
y el barro le llegaba a las rodillas.
Bebió un sorbo de vino mansamente
que la mujer le había preparado
y la pasó la mano por la nuca
rozando levemente sus cabellos
blancos como la aurora de los sueños.
-“Han llamado los hijos, que no vienen,
que el tiempo está muy malo, y que los niños
tienen cosas que hacer en el colegio,
Daniel va a hacer una obra de teatro
el día de Año Nuevo, y para Reyes
va a hacer de paje en una cabalgata...”
Afuera del hogar, la noche acecha
desalientos de lluvias y rumores
encendidos detrás de las miradas
bajo la tenue luz amarillenta,
y alguien pasa cantando un villancico
tal vez por desterrar sus soledades
y la voz, como naufraga, se aleja
por las oscuridades mortecinas
de la lluvia y el frío de diciembre.
Junto al amor callado de esa lumbre
el hombre y la mujer, los dos ya viejos
y sin hijos que hacerse tierra quieran
porque marcharon hacia otros lugares
en busca de una vida diferente
donde no hubiera que salir al campo
ni atender el ganado en nochebuena,
miran con su cansancio de mil siglos
las llamas mortecinas de la lumbre

y sus silencios flotan por el techo,
por las paredes, junto a la ventana,
y sus recuerdos son igual que lirios
a pesar de que estemos en invierno,
aunque mañana sea nochebuena
y la gente se llene de alegría...
El hombre, ya sentado, se echa otro
leve trago de vino. Se ha quitado
las botas y la boina, y la zamarra
empapada de lluvias y de ausencias,
y al lado de la lumbre abre las manos
con un gesto cansado, indefinido
en tanto la mujer, con el ganchillo
enlazado, le mira por encima
de las gafas, y ve que sigue siendo
un niño todavía, como entonces,
cuando se vieron en la romería
y se dieron los dos su primer beso...
La pena se hace bruma en sus costados
-otro año más, las Navidades solos,
los hijos siempre tienen una excusa
que cada vez se clava más adentro-
mientras los ojos de él y los de ella
se cruzan como cuando casi niños
se conocieron en la romería.
Y asoman mil estrellas entre ellos,
y de nuevo la luz enamorada
resplandece en sus almas, casi esencia
de una escarcha de rosas, infinita,
y que va persiguiendo nuevos sueños...
La mujer se levanta lentamente,
se sienta en sus rodillas, como entonces,
y le dice al marido que los hijos
regresarán cuando llegue el verano,
y la lágrima leve del recuerdo
sin querer se le escapa de los ojos...
Cuando mañana, con la nochebuena
se haga la vida risa y villancicos,

abrazos, alegría, parabienes,
el hombre y la mujer no estarán solos,
que tendrán sus recuerdos reclamando
al amor escondido de la lumbre...